



Historia

_Vista del Monasterio
antes de la restauración.



HISTORIA



LA ORDEN DE LA MERCED

Para entender los orígenes de la Orden de la Merced debemos remontarnos a la Europa Occidental de los siglos XI y XII, momento en el cual la Iglesia Católica Romana había experimentado un giro trascendental a raíz de la **reforma gregoriana**. Este cambio de actitud por parte de la Iglesia respondía, entre otras cosas, a la necesidad de renovación espiritual conforme al Evangelio. La Reforma no tardó en llegar a la Península Ibérica. Ésta era escenario de la llamada “**Reconquista**” y, como consecuencia, la Iglesia Hispana también estaba inmersa en un complejo proceso de reorganización. En esta nueva situación de reforma y reorganización nacieron diversas órdenes religiosas. Así nació, impulsada por Pedro Nolasco, la Orden de la Merced, junto a los Cartujos o los Trinitarios, así como las órdenes militares de Calatrava y de Santiago.

La Orden de la Merced había nacido como una asociación asistencial, que finalmente adoptó la estructura y modo de vida de las órdenes religiosas. Su peculiaridad residía en que a los tres votos característicos de las órdenes religiosas se añadía otro: liberar a los cristianos cautivos en tierras musulmanas, quedando los **mercedarios** en calidad de rehenes, si la situación lo requiriese. La colecta de limosnas para poder llevar a cabo esta empresa se convirtió así en una de las prácticas cotidianas de los frailes.

La adopción de esta tarea, vinculada tradicionalmente a las órdenes militares, solamente se entiende si se sitúa la fundación de la orden en el marco de las conquistas que llevó a cabo Jaime I el Conquistador. Según las fuentes consultadas, fue entonces cuando fray Pedro Nolasco comenzó a realizar diversas actividades redentoras, que fueron premiadas en 1232 por Ramón Plegamans, comandante de la flota de Jaime I, con la donación de un arenal de la playa de Barcelona. Allí debía construirse un hospital en el que los liberados fueran atendidos.

Pronto llegaría el reconocimiento papal. En 1235 Gregorio IX dio pie a la creación de la orden. A partir de entonces, ésta se extendió a Aragón, Valencia, Sur de Francia e Italia, cruzando posteriormente los mares hasta llegar a América.

Según la tradición, la Virgen, dándose a conocer como Virgen de la Merced, se apareció ante Pedro Nolasco, a quien ordenó fundar una **orden religiosa** para liberar a los cautivos. Este acudió al rey Jaime I, quien participó en la fundación de la *Orden de Santa María de la Merced de la Redención de Cautivos*, supuestamente efectuada en el Altar Mayor de la catedral de Barcelona en 1218.

Los frailes mercedarios siguieron liberando cristianos hasta el s. XVIII, cuando la Orden de la Merced se convirtió en orden mendicante. A partir de entonces, sus frailes, ateniéndose a la



Orden de la Merced.

regla de San Agustín, adoptaron una actitud de acercamiento a la sociedad mediante la predicación y siendo ejemplo del modelo de vida cristiano.

Actualmente, los frailes mercedarios se dedican a atender parroquias y a aquellas personas que se ven privadas de libertad, lo que, entendido en un sentido amplio, quiere decir personas esclavizadas por la miseria o la ignorancia, explotadas sexualmente o faltas de libertad física, como los presos en las cárceles.

LOS ORÍGENES HISTÓRICOS DEL CONVENTO

A cuatro kilómetros, en dirección norte, de la localidad de Estercuel, se encuentra el Monasterio de Nuestra Señora del Olivar, que da vida, desde hace casi ocho siglos, al valle del río Estercuel. Un lugar recóndito y acogedor, cuyo paisaje, dibujado por campos de cereal, olivos, aliagas, pinos, cipreses y encinas, ofrece al convento el ambiente adecuado para el silencio y la reflexión. Comencemos por el principio.

Según cuenta la tradición oral, un pastor llamado Pedro Nobés halló, en el interior del tronco de un olivo, una imagen de la Virgen. El pastor corrió a contárselo a su señor, don Gil de Atrosillo. El pueblo de Estercuel, extasiado con la noticia, no tardó en organizar una romería para llevar la imagen a la iglesia parroquial. Pero cuál no fue su sorpresa a la mañana siguiente al ver que la imagen volvía a encontrarse en el olivar. El acto se llevó a cabo repetidas veces y el resultado siguió siendo siempre el mismo, por lo que el señor de Estercuel, don Gil de Atrosillo, decidió erigir un santuario mariano en aquel lugar, respetando así la voluntad de la Virgen.

Los lugareños buscaron explicación a este hecho remontándose a la época visigoda. Se pensaba que en aquel lugar ya había existido anteriormente un santuario dedicado a la Virgen, cuya imagen, según se había transmitido de generación en generación, había sido escondida por los visigodos para protegerla ante la llegada de los musulmanes.

No obstante, ésta no es la única versión sobre los orígenes del convento, pues la leyenda también ha sido contada de forma más fantástica y literaria. Buen ejemplo de ello resulta la obra de Tirso de Molina, *La dama del Olivar*, en la que se narra una emocionante historia de bandoleros y señores tiránicos, cuyo telón de fondo es precisamente la milagrosa aparición de la Virgen. En esta historia la Virgen se le aparece al pastor Maroto, a quien le hace la siguiente petición:

*[...] He querido que aquí se labre una iglesia
donde mi aceite se guarde,
y con mi misma presencia*



SAN PEDRO NOLASCO

Mercader de origen francés, pero establecido en Barcelona, Pedro Nolasco empezó en 1205 a organizar expediciones pagadas a su costa para liberar cautivos cristianos, presos en territorio musulmán. Cuando le faltaron recursos económicos, decidió seguir con la empresa formando grupos para recaudar "limosnas para los cautivos". En 1218 dio un paso más en sus propósitos fundando con el mismo fin la Orden de la Merced, aprobada por el Papa Gregorio IX en 1235. Como santo, canonizado por la Iglesia, se le representa con el hábito blanco de los mercedarios, unas cadenas rotas, que simbolizan la redención de los cautivos y un estandarte con las armas de la Corona de Aragón, una cruz y un olivo.



TIRSO DE MOLINA

Fray Gabriel Téllez (1579-1648), más conocido por su seudónimo literario de Tirso de Molina, ingresó de joven en la Orden de la Merced, vocación religiosa que procuró conciliar con su faceta de escritor, lo que no siempre le resultó fácil pues el escándalo que acompañó a la publicación de alguna de sus comedias le supuso presiones dentro de la orden, reclusiones e incluso destierros por parte de las autoridades tanto religiosas como civiles. A pesar de ello, Tirso destacó como uno de los grandes dramaturgos del Siglo de Oro y bajo el lema de "deleitar aprovechando" llegó a escribir cerca de cuatrocientas comedias, según su propia confesión, aunque solo nos han llegado unas sesenta, entre las que descuellan *Don Gil de las calzas verdes*, *Marta la piadosa*, *El vergonzoso en palacio* y *El burlador de Sevilla*, primera versión del mito de don Juan.

—Lápida conmemorativa de la estancia de Tirso de Molina en el monasterio, ubicada en la sala de la recepción.

*se autorice en Aragón
que a esta Orden sirva y precie.
Ve, pues, pastor a Estercuel,
su gente convoca, y llega
a su Señor, mi devoto,
llama y diles que aquí vengan,
y este sitio me dediquen
con un templo, donde vean
mi imagen, que en este olivo
como en su trono se asienta.*

Al pobre pastor nadie creyó, por lo que la Virgen realizó un milagro, prueba de que decía la verdad:

*[...] La Dama del Olivar,
para que tanto portento
hoy os sirva de escarmiento
y la vengáis a buscar.
Asíome con ambas manos,
y como es de barro el hombre
(porque este caso os asombre*

*y me deis fe más humanos),
de una vuelta que me dio,
cual si fuera de tornillo,
acá me echó el colodrillo
y acá la cara me echó.*

Según el mercedario Joaquín Millán Rubio, estudioso del convento de quien se recoge gran parte de los datos históricos de este trabajo, el célebre pastor, Pedro Nobés, sí que existió, así como su señor, Gil de Atrosillo, señor de Estercuel, Gargallo y Cañizar. Este mandó construir una ermita y fue ciertamente el responsable de la llegada de los mercedarios. Un documento, fechado en 1260, muestra cómo Gil de Atrosillo les donaba la ermita, la casa de Santa María, el molino, el horno, el huerto, la viña de Estercuel, tierras de cultivo, dos bueyes, cien ovejas, las abejas de Cañizar, dos cerdas y permiso para cazar, pescar y talar árboles. Todo ello a cambio de ofrecer a un clérigo de la orden para que oficiara por los difuntos de la familia fundadora. El monasterio se ponía en marcha.

El siglo XVII fue la época de mayor prosperidad que conoció el convento. Durante los siglos anteriores había ido creciendo y se había ido consolidando como un monasterio de gran actividad digno de elogio por parte de la orden. El convento, además de impulsar la redención de cautivos, también promovía la evangelización en América. Para llevar a cabo estas empresas fue esencial la labor de fray Jaime Lorenz, natural de La Mata de los Olmos y **maestro general** de la orden desde 1513, responsable de la expedición llevada a cabo en Túnez, en la que se rescataron a ciento cincuenta y ocho cautivos. Además, según José Altaba Escorihuela, de quien también hemos recogido algunas referencias históricas, fue en aquella época, comienzos del siglo XVI, cuando uno de los monjes de este convento, fray Bartolomé Olmedo, embarcó en Sevilla con destino a México. A finales de siglo, fray Jorge del Olivar, redentor formado en el convento, terminó preso en Argel, tal y como lo narra Cervantes en una de sus obras.

Reflejo también de esa prosperidad y de la importancia que adquirió el convento en la zona son las diversas y concurridas romerías que tuvieron lugar en aquella época. Cada año, en el mes de mayo, los pueblos de la contornada, pero no solo ellos, sino también pueblos más alejados como Perales, Alfambra o Lécera, se acercaban al convento para pedir a la Virgen favores o agradecerse los. Se realizaba una procesión, que culminaba con una ofrenda de cirios que cada pueblo debía colocar ante la Virgen. También existían las romerías con carácter extraordinario, que solían realizarse para protegerse de la peste, la langosta o las sequías. Pero no solo eran colectivas las visitas a la Virgen, pues se tiene constancia de que el convento era lugar de peregrinaje, por lo que recibía también a fieles de manera individual. Estos peregrinos se encontraban con una pesa en la que se colocaba el devoto, pues en función de su peso la ofrenda variaba. Es conocida también una curiosa práctica, que se realizaba para Pascua, cuyo conocimiento ha llegado hasta nuestros días a través de la obra del padre Luna, erudito mercedario del siglo XVIII. En aquellas fechas se colocaban unos bastidores con dos

lienzos, simulando dos puertas, con varias imágenes pintadas: los Misterios de Dolor, la aparición de la Virgen, el aviso a don Gil, el pueblo bajando en procesión y la Virgen, entre otras. Los peregrinos que se acercaban al convento pasarían para verlos, enfrentándose a lo que durante tantos años se había contado. Se contaba que si habías sucumbido al pecado no podrías ver la cara de la Virgen, mientras que, si vivías “en paz con Dios”, sí.

Actualmente, se siguen celebrando diferentes romerías que suelen seguir el mismo patrón: los romeros llegan en procesión hasta el convento y asisten a la misa, que se celebra en la iglesia. Después, comen bajo los pinares y la chopera, siendo el vino y los cantos los protagonistas. El primer domingo de mayo son los habitantes de Gargallo los que acuden en romería. El día de la Ascensión, en cambio, son los vecinos de Estercuel los que van a visitar a la Virgen, acompañados algunas veces de los de Lécera y los de La Mata de los Olmos. Los dos primeros pueblos también se juntan en el convento el día de la Virgen del Olivar, que se celebra el primer domingo de septiembre. En Pentecostés y el 24 de septiembre, día de la Merced, se reúnen todos los pueblos de la contornada: Obón, Alcaine, Oliete, Lécera, Cañizar, Ejulve, Estercuel, Gargallo, La Mata, Los Olmos, Crivillén y Alcorisa. En esta ocasión se ofrecen a la Virgen flores y los mejores productos de cada localidad.

Desde los primeros años del siglo XVII parece ser que el convento ya gozaba de una relativa importancia, como así lo demuestra la celebración en 1603 del **Capítulo General** de la Orden. Se trata de la reunión más importante de la orden, ya que en ella se encuentran representados todos los miembros de la comunidad, quienes van a escuchar la lectura sobre el estado actual de la institución y van a participar en la evaluación de la programación capitular y la elección del Maestro General y su consejo.

Las razones de la expansión del convento son múltiples y hay que entenderlas en un contexto en el que la Iglesia española gozaba de gran poder y riqueza gracias a los diferentes privilegios, diezmos, rentas y donaciones que recibía. Los conventos,



_Romería en los años sesenta.

en particular, se habían convertido en una suerte de empresas agropecuarias, poseedoras de grandes extensiones de tierra. Así mismo, el Olivar fue engrosando poco a poco su patrimonio. Una de las razones fue la anexión del pequeño cenobio de San Pedro de los Griegos, situado en el término de Oliete y fundado en 1281, así como de todas sus propiedades.

Pero, quizás, la clave para entender esta época de florecimiento reside en la figura del padre Juan Cebrián. Nacido en Alfambra en 1585, ingresó en este monasterio de la Orden de la Merced, donde fue educado. Más tarde estudiaría Teología en la universidades de Alcalá y Salamanca. Fue prior de Barcelona y vicario provincial, así como calificador del Santo Oficio, y en 1627, con 42 años, fue nombrado Maestro General de la orden, la máxima autoridad. En ese año intentó extender la orden hasta China y Japón, aunque finalmente solo consiguió implantarla en Portugal. En 1632, por mediación de Felipe IV, renunció al gobierno de la orden para acceder el cargo de obispo de Albarracín, aceptando el de Teruel tres años más tarde. En 1644 llegaría al culmen de su carrera profesional convirtiéndose en

arzobispo de Zaragoza, virrey y capitán general de Aragón. La comunidad olivareña siempre se sintió orgullosa de la trayectoria seguida por el padre Cebrián, pero su importancia respondía a otra de sus labores, pues fue él quien costeó las obras del actual convento (1627-1632), otorgando a la comunidad el impulso y vitalidad que necesitaba. Y así lo testimonia Tirso de Molina, cronista de su generalato, en su obra *Historia general de la Merced*:

[El convento] está fundado en un casi desierto bien acomodado para los desabogos espirituales y todo lo caduco. Recibió nuestro hábito y profesión en él nuestro maestro Cebrián. Y porque sus edificios padecían los achaques de la senectud (que ni a las piedras jubilan), empleó todas sus industrias y desvelos no solo en remendar, pero en fabricar de nuevo toda aquella casa [...].

Si estuvo o no Tirso de Molina en el Olivar es uno de los enigmas que ni los filólogos ni los historiadores ni los propios miembros de la orden han podido resolver. Fray Gabriel Téllez, nombre real del escritor, era efectivamente un fraile mercedario

a quien se pierde la pista desde agosto de 1614 a febrero de 1615. Pese a que no existe ningún documento que verifique que en ese intervalo de tiempo se afincara en el convento del Olivar, algunos estudiosos insisten en la idea de que Tirso de Molina fue confinado en Estercuel, a raíz de la posible polémica desatada por algunas de sus comedias. Esta hipótesis se basa en la coincidencia de esta “desaparición” con la reanudación del “ciclo aragones”, compuesto por seis comedias en las que predomina el tema del destierro y la soledad y entre las que se encuentra la obra, anteriormente citada, *La dama del Olivar*. Pero, además, existen dos citas que forman parte de su obra general sobre la historia de la Orden de la Merced que parecen dar a entender que Tirso estuvo físicamente ahí: [*fray Juan Cebrían*] *era hijo del antiquísimo monasterio del Olivar, cuya soberana y milagrosa imagen, aparecida en los primeros años de nuestra fundación, sobre un olivo que hasta el presente día se conserva en sus ramas y hojas vivo y verde, y no con menos fruto que el de la que nos lo produjo eterno, le hace devotísimo e ilustre.*

No faltaron leprosos o peores que dixeron lo que contra la Magdalena el Apóstol despenso: “Ut quid perditio ista?” Achacándole que en un desierto era desaprovechada tanta costa [...] como si no fuera de utilidad discreta tener entre el silencio de los montes un recreo para los espíritus devotos [...].

Fruto de la riqueza de aquel período son los conflictos que el convento mantuvo, aunque no solamente en aquellos años, con los habitantes de las poblaciones vecinas y, especialmente, con el barón de Estercuel, con quien tuvo que lidiar por conservar sus propiedades y privilegios, tales como el monopolio del horno y del molino. Entre la documentación del Olivar, abunda aquella referente a estos pleitos, que solían versar también sobre el problema de la mojonación, es decir, hasta dónde llegaban las propiedades de unos y otros, en relación a los pastos, las aguas o la leña. Parece ser que el monasterio lograba siempre conservar su patrimonio. Su suerte, en cambio, variaría dos siglos después.

AÑOS OSCUROS

El estallido de las revoluciones liberales en España supuso un duro golpe para este tipo de instituciones religiosas. Los libe-

DESAMORTIZACIÓN

Proceso histórico de liberación de las tierras vinculadas, principalmente de las regidas por la Iglesia (*manos muertas*) y por los municipios, que estaban al margen del mercado por estar sujetas a lazos jurídicos inamovibles propios del Antiguo Régimen. Razón por la que la desamortización fue un objetivo político prioritario para los regímenes liberales que se fueron constituyendo en Europa a partir de la Revolución Francesa. En España el proceso de desamortización de los bienes de la Iglesia o de instituciones regidas por el clero empezó en 1798 durante el reinado de Carlos IV y duró hasta principios del siglo XX. Las dos principales etapas son las correspondientes a las leyes de desamortización de 1836 (Desamortización de Mendizábal), todavía exclusivamente eclesiástica, y la de 1855 (Desamortización de Madoz), que fue también civil, es decir, sobre las tierras de los municipios. El proceso generalmente consistía en expropiar las propiedades, que se dividían en lotes, para sacarlos luego a subasta. Su finalidad era cuádruple: económica (mejorar la producción agraria); financiera (incrementar los ingresos de Hacienda para paliar el déficit público); social (redistribuir la propiedad, excesivamente concentrada hasta entonces); y política (dotarse los nuevos regímenes liberales de una base social de apoyo con los nuevos propietarios agradecidos).

rales se encontraban sumergidos en la difícil tarea de construir un nuevo Estado y debían llevarlo a cabo en un escenario poco favorable, la Guerra de la Independencia primero y las guerras carlistas, después. Para solucionar con éxito ambos problemas, necesitaban con urgencia aumentar los ingresos de la hacienda pública y con ese objetivo impulsaron la desamortización eclesiástica. En 1811, bajo el gobierno de José Bonaparte, se decretó el cierre de todos los conventos. En febrero de ese año, veintitres religiosos del Olivar tuvieron que marcharse, cuidándose antes de esconder los objetos de oro y plata en la colegiata de Alcañiz. Con el fin de la Guerra de la Independencia y la vuelta de Fernando VII, los mercedarios del Olivar pudieron volver en el verano de 1814, viéndose obligados a vender algunas de sus propiedades situadas en Ariño para poder recuperarse del expolio sufrido durante aquellos años. La siguiente exclaustración se produjo con la llegada al poder del liberal progresista Mendizábal en 1835, quien pondría en marcha un nuevo proceso de desamortización eclesiástica. A comienzos ya de 1836 los bienes inmuebles del convento pasaron a manos del

GOZOS de Nuestra Señora del Olivar



*Divina fecunda Aurora,
Madre del Amor hermoso;
En ese Olivo dichoso,
añora nuestra intercesora.*

*Por no veros ultrajada,
de los moros y su saña,
los podos de nuestra España
os dejaron enterrada;
Muchos años sepollada,
conviviste, gran Señora,
En ese Olivo dichoso, etc.*

*Cuando jugó comercio
descubrieros vuestro amor,
a Pedro Novés, pastor
os manifestáis patente;
Desde ese monte de estruendo
os vio el sol que al mundo dota
En ese Olivo dichoso, etc.*

*Con rayos iluminada
de luz y resplandor,
os encontró el buen pastor
vestida y coronada;
Así hicistes la llamada
y el arbo todo os adora.
En ese Olivo dichoso, etc.*

*Con rústico alegre y sereno
le habló vuestra dignación,
por causa de devoción
señaló este sitio areno.
Aquí de gracias el lleno
recibe quien os implora.
En ese Olivo dichoso, etc.*

*Al pastor, desconfiado
creyeros taj maravilla,
con la mano en la mejilla
le dejastes señalada:*

V. *Ruega por nosotros, santa Madre de Dios.*

R. *Para que osantos dignos de alcanzar las promesas de Cristo.*

*Con esta gracia sellado
de todas sales florera.*

En ese Olivo dichoso, etc.

*Con tanto prodigio alboroto,
acudó a los de Escercuel;
vinieron todos con él
y vieron anhelo corto:
Su relación fue un aborru
de las gracias que atorora.
En ese Olivo dichoso, etc.*

*Agradociendo el favor,
y merced tan soberana,
sin aguardar a mañana
os llevan con gran fervor:
En la capilla mayor
os ponen cual Protectora.
En ese Olivo dichoso, etc.*

*Como vuestra gran bondad
es difusiva sin tasa,
en los campos quisó casa
solivando a esta soledad.
Aquí, con vuestra piedad,
de todos sois bienhechora.
En ese Olivo dichoso, etc.*

*Los duenos de este desierto,
atracolando al mayor culto,
en la Merced con gran gusto
os dieron felice puerto:
Cui este tan grande acierto
sois dos veces Redentora.
En ese Olivo dichoso, etc.*

*Ajutada y venerada,
en el altar y so el coro,
os tiene cui gran theoro
esta religión sagrada
Por vos sois aclamada*

*de su bien procuradora;
En ese Olivo dichoso, etc.*

*Como Oliva de los campos
a todos hacéis favores,
a justos, a pecadores,
a penitentes y santos.
De cojos, ciegos y mancos
curáis muchos cada hora.
En ese Olivo dichoso, etc.*

*Sanáis al niño quebrado;
dais libertad al cautivo;
al muerto lo volvéis vivo
y absolvéis al condenado:
Dais luz al más obstinado
de secta bárbara y dura.
En ese Olivo dichoso, etc.*

*Agustados los sembrados,
si a Vos llegan nuestros ecos,
hasta los campos más secos
los hallamos remediados.
De nuestros inimes y prados
sois, para, la conservadora.
En ese Olivo dichoso, etc.*

*Finalmente en Vos hallamos
todo divino consuelo;
por Vos esta tierra es cielo,
la gloria eterna esperamos.
Humbles os confesamos
de tantas dichas Aurora.
En ese Olivo dichoso, etc.*

Estribillo

*Pues vamos al Olivar,
Mercedada y Redentora.
Para Dios desde ese Olivo
Sednos siempre intercesora.*

ORACION

Señor nosi Jesucristo, que para demostrar las riquezas y ternura de tus misericordias, hiciste aparecer la imagen de tu Santísima Madre en un Olivo convida a todos tus siervos los abundantes frutos de tu piedad; para que intercediendo tu misma Santísima Madre, prevengas con el rico acervo de las buenas obras, merecimientos entrar a celebrar las eternas nupcias en el cielo contigo que vivas y reines por los siglos de los siglos. Amén.

Estado, quien no tardaría en ponerlos en venta. Las órdenes religiosas fueron, además, suprimidas, lo que supuso la desactivación de la orden en España. Todos los bienes del convento salieron a subasta, salvo el edificio conventual que, a cargo del Ayuntamiento de Estercuel, estuvo en arriendo durante seis años a 4.349 reales de vellón anuales.

Tras el fin de la primera guerra carlista en 1840, el convento pasó a engrosar las propiedades de los marqueses de Palafox y de Lazán, tal como había ocurrido con gran parte del conjunto de los bienes desamortizados a la Iglesia, que fueron adquiridos bien por burgueses, bien por la vieja nobleza propietaria.

Los años pasaron y pesaron en aquel edificio que tanta vida había albergado y que entonces, y durante muchos años, tuvo que sobrevivir sin aquello que le daba sentido. Por fin, la esperanza llegó para los mercedarios en la época de la Restauración a través de una carta que el vicario general, José María Rodríguez, envió al comisario provincial de Aragón y Navarra, fray Benito Rubio Alcaine: “Y a propósito, toda vez que existe todavía nuestro convento de El Olivar en desierto, con la ventaja de que se haya reconocido como propietario el señor Marqués de Lazán, y toda vez que aún viven tres Padres pertenecientes al mismo, ¿no podríamos concebir un proyecto para restaurar allí nuestra orden en España, ahora que al parecer consiente el Gobierno vuelvan al claustro algunas comunidades religiosas?” (abril 1877).

La iniciativa ya estaba tomada, solo faltaba el consentimiento de los entonces propietarios, los sucesores de los marqueses, y del cardenal de Zaragoza, quienes parece que no pusieron ningún impedimento, y del gobierno central, quien sí debió de poner trabas a los trámites, pues el padre Benito Rubio tuvo que trasladarse hasta Madrid y acudir al Secretariado de Gracia y Justicia, el cual, finalmente, dio el visto bueno. En mayo de 1878 llegó el esperado decreto real que permitía la restauración de la Orden de la Merced en el convento, la cual se consumaría con su reinauguración el 10 de agosto. La nueva comunidad aceptó las nuevas bases acordadas por el padre Benito Rubio: observancia de Regla y Constituciones, vida común, reduciendo



—Grabado de S. Gisbert de 1889 publicado en *Miscelánea Turodense*.

a lo necesario las relaciones con seculares, servir a la Iglesia y a la sociedad con la enseñanza pública de humanidades, la predicación y la prestación de ejercicios espirituales para clero y pueblo fiel y culto asiduo en el santuario. Los doce ancianos mercedarios que habían regresado tuvieron además que entregarse en sus últimos días de vida a la recuperación de un santuario que sufría las consecuencias de más de cuarenta años de dejadez y abandono.

De esta situación también fueron en parte responsables las diferentes **partidas carlistas** que hicieron de esta zona, tan próxima al Maestrazgo, principal foco carlista, centro de abastecimiento. Se tiene constancia de que a fines de la primera guerra carlista (1833-1840) hicieron uso de los bienes del convento y de que durante la tercera y última guerra carlista (1872-1875) el convento sirvió de hospital.

Tras la reinauguración, el convento volvía a brillar. En 1881 se estableció el noviciado, a iniciativa del maestro general Pedro Armengol Valenzuela, quien entendió que el futuro del convento, así como el de la orden, dependía de la renovación generacional. Acudieron al Olivar nuevos religiosos, entre los que se encontraba el ecuatoriano Guillermo Bravo, cronista del convento, convirtiéndose éste en la punta de lanza de la orden, pues a raíz de su consolidación se reabrieron otras casas (las de Lérida, San Ramón, Barcelona, Mallorca, El Puig).

Por fin, en 1894, el padre Luis Prat consiguió lo que durante tantos años habían intentado otros: la donación a la orden del convento y de sus fincas, todavía en manos de Joaquina Ángeles Rebolledo de Palafox y Guzmán, marquesa de Navarrés y Cañizar. Terminado el siglo, el Olivar demostraba que había logrado resurgir de sus propias cenizas.

LAS LUCES Y SOMBRAS DEL SIGLO XX

A comienzos del siglo XX el convento del Olivar gozaba de una relativa prosperidad, fruto de un lento pero progresivo crecimiento. Hasta el momento, se había visto favorecido por una coyuntura política proclive a mantener el *statu quo* en la cuestión religiosa. La proclamación de la II República en 1931 supuso una ruptura, en este y otros ámbitos, cuyos frutos no pudieron florecer a causa del estallido de la Guerra Civil en 1936. Esa ruptura en materia religiosa iba a convertirse en la concreción de una cultura política que desde el siglo XVIII, y especialmente en el siglo XIX, se había ido desarrollando de la mano de los programas más progresistas. La ansiada modernidad pasaba por privar a la Iglesia de su privilegiado papel en los diferentes ámbitos de la esfera pública y, por ello, uno de los objetivos primordiales era la secularización del Estado. De esto eran conscientes también amplios sectores de la sociedad, en cuyo universo cultural cualquier institución religiosa se asociaba sistemáticamente con el poder, con el control social y con una moral que las mismas instituciones religiosas eran las primeras en corromper. Así, el pensamiento anticlerical y laicista tendría una secuela radical y violenta, del que este convento, como tan-

tos otros, fue víctima en los primeros y descontrolados momentos de la Guerra Civil.

En aquella época habitaban en el convento 79 frailes (según Millán Rubio, 50 según Altaba) quienes se vieron obligados a abandonar su casa ante la amenaza de la llegada de los milicianos anarquistas. Los días 2 y 3 de agosto los frailes salieron con destino a Zaragoza, pero solo unos cuantos lograron llegar. Los que corrieron peor suerte fueron encontrados y fusilados, tras pasar varios días escondidos en la casa de sus familiares, en los pinares de la Codoñera, en la cueva del Cabezo Gordo, en las inmediaciones de Oliete y Muniesa o en los mases de Híjar. Doce fueron los asesinados. Pero no solo ellos eran objetivo de la inaceptable violencia anticlerical. La imagen de la Virgen, así como el retablo barroco, el archivo o la biblioteca del convento fueron quemados. Estas prácticas **iconoclastas**, junto a la exhumación de tumbas que también tuvo lugar, repetidas a lo largo y ancho de España, deben situarse además en el marco de una contienda en la que la Iglesia se encontraba claramente a favor del bando sublevado y en la que la desaparición de todo símbolo religioso significaba la tan deseada extinción del viejo orden.

De lo ocurrido en el convento en aquellos años deja constancia Joan Sales, escritor catalán enviado a Estercuel los meses de julio y agosto de 1937, en sus obras *Cartes a Màrius Torres e Incerta Glòria*. Un buen testimonio que nos traslada a aquel período, ofreciéndonos un interesante enfoque sobre cómo se vivieron aquellos años en Estercuel.

Uno de los más prestigiosos mercedarios salidos del Olivar, Mariano Alcalá Pérez, nacido en Andorra, también perdió la vida en aquellos días de sangre. Se había ordenado en Roma, donde se doctoró en Teología y desde donde ocupó el cargo de Maestro General de la Orden a partir de 1911. Tres años más tarde, dimitió del cargo y decidió trasladarse a Lérida para dedicarse a la cura de almas. Allí residió hasta el fatídico año de 1936, momento en el cual marchó a su pueblo natal. En septiembre de ese mismo año, sería fusilado junto a varios andorranos, entre los que se encontraban algunos de sus familiares.

En 1938, tras la caída de Teruel, las tropas del bando sublevado lograron llegar hasta el Mediterráneo, quedando el convento en zona franquista. Los frailes mercedarios, encabezados por el padre Isidoro Covarrubias, pudieron entonces regresar, con lo que comenzó para el convento una nueva etapa favorecida por el nuevo régimen y el lugar privilegiado que este otorgó a la Iglesia, pero, a su vez, caracterizada por el esfuerzo y sacrificio de muchos frailes, que no cesaron en su empeño por sacarlo adelante. Entre ellos se encuentran el padre Severino Peláez, con quien se hizo en 1945 el salto en el Molino del Tormegal para la central eléctrica (en 1960 se obtendría ya luz de la red general); el padre Tomás Blanco, que compró un tractor; el padre Tomás, quien en 1964 instaló granjas de cerdos e intentó hacer más accesible la carretera hasta Estercuel (pues no sería hasta 1985 cuando la Diputación de Teruel llevara a cabo el asfaltado de la carretera); o el padre Lacasa, con quien se restableció de nuevo el noviciado en 1976 (el monasterio siempre había sido casa de formación; tras la guerra y la apertura del convento de El Puig, los estudios de Filosofía y Teología se trasladaron allí, dedicándose el Olivar exclusivamente a la formación de novicios). Dos años antes, se habían inaugurado las instalaciones deportivas y se habían acondicionado diferentes salas con el fin de acoger colonias. El Olivar, por otro lado, continuó siendo un lugar de especial relevancia en la vida de los pueblos vecinos, entre otras cosas, porque se encargaba de las parroquias de muchos de ellos, tal y como ocurre en la actualidad.

La conmemoración del I Centenario de la Restauración de la Orden, en agosto de 1978, supuso tanto para el convento como para la orden un nuevo e importante impulso. Se celebraron unas jornadas espirituales y se contó con la presencia del prelado de la diócesis de Teruel, monseñor Iguacen Borau; el maestre general de la orden, Fr. Doménico Acquaro, italiano; y los superiores provinciales de Aragón, Castilla, Ecuador, Chile e Italia.

Los años ochenta resultaron muy fructíferos para el convento. Con la llegada de la democracia, la cultura encontró un lugar en la agenda de las instituciones locales, provinciales y regionales, pudiendo el convento beneficiarse de las ayudas prestadas por la DGA. Tuvo así la ocasión de disfrutar, contando también con el decisivo apoyo de la Provincia Mercedaria de Aragón y de diversos donantes, de una acertada restauración, que vino además acompañada de la conversión de parte del edificio en una *hospedería* “para las personas que desean hacer un alto en su vida y dedicar unos días al descanso, a la reflexión o al estudio”. El 24 de julio de 1982 se firmaría un real decreto declarando al monasterio del Olivar “monumento histórico-artístico”. Había llegado, por fin, el reconocimiento de tantos años de trabajo, en los que destacaron el tesón y la voluntad de muchos por hacer justicia a un lugar cuya importancia histórica obligaba a rescatar del olvido.



—Pascual Tomás Quítez (Andorra, 1864-El Olivar, 1921) ingresó en el Olivar en 1881, monasterio del que fue comendador de 1907 a 1911 [plantó muchos olivos y adquirió la viña “La Paridera”].



—Escudo de la Orden de la Merced situado sobre la puerta de entrada al monasterio.